

La epidemia de Gripe de 1918 y 1919

¿Dónde y cómo empezó la epidemia de gripe que tantas víctimas causó en varios países al final de la gran guerra? Nadie puede decirlo con precisión. La gripe existe en muchos países en forma benigna y poco característica; por consiguiente es posible que en 1918 ciertas circunstancias hayan favorecido el brote simultáneo de graves epidemias de gripe en diferentes puntos del globo. Se pretendió, no obstante, que la epidemia había tenido su origen en España y de ahí el nombre de "gripe española" que se dio a esta infección. Si hemos de dar crédito a las estadísticas, cerca de ocho millones de casos se produjeron durante el mes de mayo de 1918, registrándose no obstante muy pocas defunciones. Por esta razón, los servicios de higiene de los países vecinos no le concedieron al principio gran importancia.

La enfermedad se extendió a Gran Bretaña y después a varios países europeos y en todos se tenía la creencia de que a pesar de su gran extensión la epidemia no causaría sino pequeños estragos. Nadie podía prever que en un plazo de doce meses causaría más víctimas que la misma guerra europea.

Hacia fines de julio de 1918, la enfermedad pareció perder algo de intensidad en Inglaterra y en todo el continente. Sin embargo, este síntoma no era sino aparente y el segundo brote fue tan fuerte que se propagó como la peste de un país a otro, atacando a todas las razas, paralizando el

comercio, segando numerosas vidas y demostrando, una vez más, la impotencia de la ciencia para combatir las enfermedades contagiosas cuya verdadera naturaleza se ignora.

La propagación de la gripe fue en muchos casos una consecuencia de la misma guerra. Entre las tropas que se trasladaban de un país a otro la enfermedad se extendía con la velocidad del rayo, atacándose a los más jóvenes; y robustos. La gravedad de la catástrofe no dejó ya lugar a dudas; el pánico se apoderó de mucha gente y las explicaciones más fantásticas comenzaron a correr sobre el origen de la enfermedad.

La India fue terriblemente castigada; en el curso de tres olas sucesivas de esta enfermedad, sucumbieron siete millones de personas o sea le décima tercera parte de la población. En las Provincias Centrales, el cinco por ciento de los habitantes fallecieron en el espacio de algunos meses. Como en todos los países, la gripe era primeramente benigna y rara vez mortal, pero el segundo brote fue tan peligroso que llegó a constituir una amenaza mucho más grave que la viruela, el cólera, la peste o la fiebre amarilla. Las complicaciones eran debidas principalmente a las afecciones pulmonares que se presentaban.

Muchos países aislados fueron víctimas de la gripe. En la isla Mauricio, situada en el Océano Indico, que contaba 375.000 habitantes perecieron 11.000 en

1919. La isla tardó dos años en reponerse de semejante desastre. En África central dos pueblos enteros fueron dezmados; las casas se derrumbaron sobre los cadáveres sin enterrar y la selva virgen borró bien pronto toda huella de vida humana.

En el universo entero, la gripe hizo estragos semejantes; de la península ibérica al África del Sur, al Canadá, a Persia, a Mesopotamia y al Afganistán, se extendió con igual violencia. La rapidez con que se propagó no puede compararse con la de los medios de comunicación más modernos. Por consiguiente ¿no permite esto pensar, como lo hemos sugerido al principio de este artículo, que la epidemia se declaró simultáneamente en diversos puntos del globo?

¿Qué conclusiones pueden sacarse de esta terrible aventura? Primeramente a de que la vieja costumbre de la cuarentena ha podido, incluso en este caso, preservar a los países indemnes. Existen algunos ejemplos para apoyar esta teoría. Uno de ellos nos ha sido suministrado por Australia. Durante varios meses, la epidemia de gripe no penetró en el continente gracias a la cuarentena aplicada a los barcos infectados. Si los servicios competentes de otros países se

hubiesen inspirado en este ejemplo es probable que numerosas personas no hubiesen sucumbido.

La aplicación de la cuarentena a los individuos enfermos puede tener también probabilidades de éxito. En otros términos, conviene aislar los primeros casos que se den en una aglomeración. Partiendo del mismo principio, hay que decretar, durante un tiempo determinado, la clausura de los lugares públicos como teatros, cines, salas de conciertos, etc. Además conviene que las casas estén bien ventiladas y que las personas que tienen la gripe se tapen la boca y la nariz cuando tosan o estornuden. Sin embargo, el uso de una mascarilla especial no ha dado un resultado satisfactorio.

No se debe descuidar ningún esfuerzo para mejorar la salud y las condiciones de vida. Ningún medio mecánico ni ningún remedio específico vencerán una epidemia como puede hacerlo la salubridad de las habitaciones y una alimentación sana pues la miseria, en todas sus formas, es una causa que predispone. Los catarros descuidados y el cansancio facilitan la infección; como en todas las enfermedades contagiosas, la moderación no puede ser sino beneficiosa.
